



Las cenizas de la flor

Angel Crespo

LA RISA DE SAN GREGORIO

Tuve noticia por primera vez de la ciencia llamada angelología cuando era estudiante de bachillerato: habiéndole hecho una pregunta, que él juzgó inconveniente, a mi profesor de apologetica, me respondió, casi con brusquedad, que lo que me preocupaba al hacérsela era una cuestión bizantina. Yo me quedé callado pero, al terminar la clase, le esperé a la puerta del aula para preguntarle qué era "una cuestión bizantina". A lo que me contestó sonriendo: "preguntarse, por ejemplo, cuál es el sexo de los ángeles". Deduje entonces que los ángeles no debían de tener sexo, como espíritus puros que eran, y —lo que me pareció más intrigante— que debía de existir una ciencia consagrada al estudio de aquellas celestes criaturas.

Hay muchas especies de angelólogos y, en consecuencia, muchas opiniones sobre los ángeles. El visionario sueco Emanuel Swedenborg asegura en varias de sus obras que ha visto a los ángeles y ha hablado con ellos y que, no siendo éstos sino las almas bienaventuradas, hay ángeles masculinos y femeninos. Claro es —aclara— que la masculinidad y la feminidad no significan en el cielo lo mismo que en la tierra, ni cumplen funciones como las que les están encomendadas aquí abajo. Allí, los ángeles masculinos son sabios y se ocupan de la verdad, mientras los femeni-

nos, que son amantes y afectuosos, se ocupan del bien.

Durante muchos siglos se pensó que el más antiguo de los angelólogos cristianos había sido San Dionisio Areopagita, convertido por San Pablo en el Aerópago de Atenas, según cuentan los Hechos de los Apóstoles pero la filología moderna ha descubierto que el libro atribuido a él, en el que se habla de las jerarquías angélicas, es obra de un autor desconocido. Dante, que creía en la atribución tradicional del libro, dice en el canto X del Paraíso que vio a su alma, en forma de luz refulgente, y al lado de la del rey Salomón, en el cielo del Sol; y es Santo Tomás de Aquino quien le llama la atención sobre ella con estas palabras:

Ve, después de ese cirio, el reverbero
que, al ver la angelical naturaleza,
y el oficio, fue abajo el más certero.

Abajo, es decir, en este mundo. El libro del Pseudo-Dionisio dice, en efecto, cuáles son los nombres de las jerarquías celestes y el orden en que se encuentran en el reino de las alturas.

Lo hasta ahora dicho viene a propósito de otro paso del Paraíso dantesco, situado al final del canto XXVIII y, en consecuencia, casi al final de la Comedia. Ahora es Beatriz quien instruye a Dante, mien-



tras ambos contemplan la maravillosa visión de los coros angélicos:

...Dionisio, estos órdenes queriendo contemplar, a ordenarlos dedicóse y los nombró como te estoy diciendo,

es decir, en el orden en que ambos estaban contemplando sus formaciones, el cual coincide con el del supuesto Areopagita. Y continúa diciendo Beatriz, pero refiriéndose ahora al papa San Gregorio el Grande, que había propuesto otra clasificación:

Gregorio de él más tarde separóse; pero apenas los ojos hubo abierto a este cielo, de sí mismo rióse.

¡Admirable reacción la del santo pontífice! A primera vista, puede pensarse que de lo que se rió fue de su propia ignorancia, pero un poco más de reflexión puede hacernos pensar que su risa no debe interpretarse como una burla de sí mismo, puesto que nada ni siquiera levemente denigrante, ni aunque proceda de él mismo, puede sucederle en el Paraíso a un bienaventurado. Yo creo que lo que provocó la risa de San Gregorio fue

la alegría que le produjo conocer la verdad, y más aún conocerla librándose, al mismo tiempo, de un error.

Parece, pues, que Dante quiso avisarnos con sus versos de lo mucho que vamos a tener que reírnos en el otro mundo muchos de nosotros, y sobre todo quienes creen estar seguros de muchas cosas.

Pensando en estas risas futuras, me pregunto quiénes van a reírse más, y no sé si algún día eterno y sin tiempo —¡ojalá!— tendré que reírme yo mismo de lo que opino sobre los futuros reidores. Pues creo que, más que los poetas —que aseguran hoy, casi avergonzados, que les corresponde un puesto importante en toda la sociedad justa— y más que los pintores, los escultores, los músicos y los humanistas, más, en suma, que quienes cultivan las hoy casi arrinconadas ciencias del espíritu, se van a reír quienes andan en busca de los secretos de la materia porque piensan que son más importantes para el hombre que los misterios de nuestro interior.

No llorarán al darse cuenta de la injusticia que supone el que, aquí en la tierra, hayan sido mucho mejor tratados y recompensados que los otros, porque en el Paraíso no existe el llanto, pero, al recordarlo, sus carcajadas serán tan incontenibles que recogerán durante toda la eternidad a los felicísimos coros angélicos.

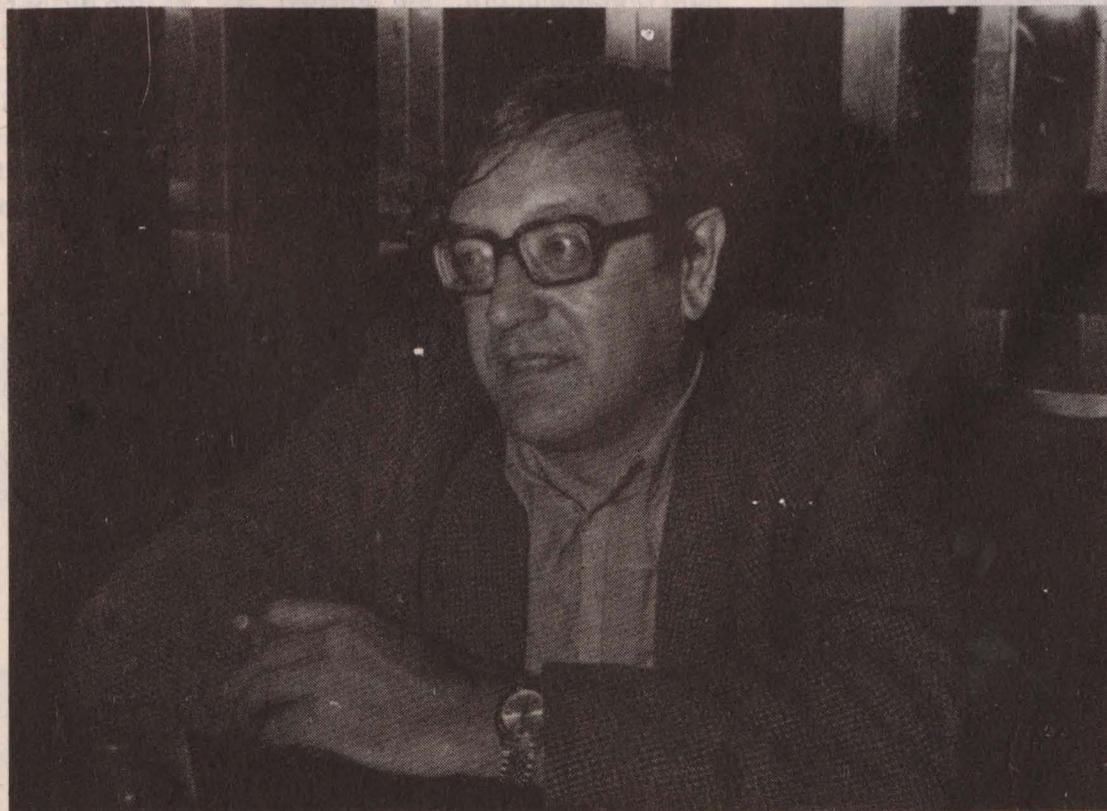
L.V.T.: ¿Tu trabajo como traductor es una salida para no morir de hambre, como tradicionalmente se ha dicho?

A.M.S.: No, yo tengo traducciones porque hay textos que me interesan, los trabajos lentamente y a mi aire, es decir, no me dedico "full time" a la traducción aunque yo trabaje en un organismo autónomo de la Administración. Lo hago como hobby.

"CREO QUE ES NECESARIO SALIR DEL TERRUÑO"

L.V.T.: ¿Cuál es tu relación actualmente con la región castellano-manchega?

A.M.S.: Es muy intensa. Pasaron una serie de años cuando yo llegué a Madrid en el año 63 por razones de trabajo, en el que un poco por salir del terruño, que yo creo que es necesario, unas veces por razones dolorosas como la emigración y otras menos dolorosas cuando la emigración es interior por razones de traba-



jo, tuve una especie de despego, no emocional pero sí intelectual. Luego en los últimos 8 ó 10 años he estado en relación con grupos de teatro, de poesía, revistas, y tengo un gran cariño a mi tierra. Cuando me preguntan por mis ascendientes y por mis vinculaciones, siempre hablo de Albacete, que es una ciudad muy hermosa que tiene para mí muchas referencias a mi niñez.

L.V.T.: ¿Cómo ves el panorama poético en esta región?

A.M.S.: Muy bien. Están los viejísimos, como Fray Luis de León, que era de Belmonte (Cuenca), y hay poetas de generaciones intermedias considerables como el talaverano Rafael Morales, poetas de Ciudad Real, como Félix Grande o Eladio Caballero. Por otra parte, están los jóvenes poetas, que aunque no los conozco bien de una forma individualizada, los conozco colectivamente gracias a las antologías que se han publicado, como las de poetas albacetenses y la de los toledanos realizada por Amador Palacios.